

¿Se acabó la negritud?

María I. Faguaga Iglesias
Historiadora y antropóloga
La Habana, Cuba



Barrio Pogolotti. Marianao

“**V**eo que ahora estás muy activa en todo lo de la afrodescendencia”, me espeta sin más una amiga, y añade: “Sí, porque ahora está de moda la afrodescendencia. Ya no se puede decir afrocubano”. Al cabo concluye: “¿Se acabó la negritud! Ahora, ¡hay que decir afrodescendencia!”. Se mostraba tan airada la señora...

Intento decirle a la blanca señora, ex diplomática devenida en opositora (disidente, si nos atenemos a su anterior confiabilidad política para el sistema, al punto de organizar im-

portantes eventos políticos internacionales), que no está comprendiendo por dónde van las cosas, que no se trata del fin de nada ni del inicio de algún sustituto de cosmovisión.

Dificultosamente me permite hablar y convencida de su verdad, me vuelve la espalda justo cuando apenas he conseguido aclararle que yo sigo sintiéndome y proclamándome afrocubana; que el término afrodescendiente es una convención identificatoria de contenido transnacional para no caer en exclusiones, que la negritud no ha terminado. Quedo con las

palabras en mis labios. La blanca amiga se va. No está dispuesta o lista para escuchar. No le importa saber nada más. Hace algún tiempo me había advertido: “Tú siempre andas con tu lío de los negros. Diciendo que aquí hay discriminación”. Y volviéndose a un diplomático extranjero, negro, amigo de ambas, impetuosa como de costumbre, le lanzó: “¡No le hagas caso! No le creas nada de lo que te diga”¹, aunque él y yo hablábamos de otras cosas y ella recién se acercaba a nosotros. En fin, ¿mi amiga?

Primera parte

Los asuntos raciales son políticos, por más que calen en la cultura y se pretenda manipularles encerrándolos analítica y propagandísticamente en ella para reducirlos y no enfrentar lo innegable e inevitable: la necesidad de desestructurar todo el entramado que ha institucionalizado el racismo y sus prácticas, desde la estructura de poder político y económico hasta la cotidianidad de nuestras interrelaciones.

Advertía Malcolm X que, para hablar del tema racial con personas blancas, es mejor hacerlo con informalidad. Así sus apasionamientos menguan sus inteligencias. La experiencia me indica que puede conducirles a mostrarse irracionales. El racismo obnubila, engaña, desorienta, enferma. Es práctica de dominación que, una vez impregnada en el tejido del cuerpo social, enquista y despista, haciendo difícil su identificación por sus sucesivos ejecutores que, en caso de ser conscientes, pretenden concederles credencial de naturalidad y tratan de buscarle apoyo seudocientífico. Esa es trampa en que reiteradamente pueden quedar atrapados quienes lo padecen e incluso intentan romper sus cadenas.

El poder manipula a los interesados en vivir del cuento del antirracismo, del negocio

que, como cualquier otra cosa en la vida, puede constituirse con la afrodescendencia elegida, de vitrina y exhibición, que asegura ser “el mejor ejemplo de que aquí, en Cuba, no hay racismo”. A lo sumo “lo que quedan son prejuicios, rezagos burgueses capitalistas”, como si no formaran parte del racismo y, en malintencionada correlación de sistema socioeconómico y político y clasista, del infamante mal que corroe desde el poder hacia las bases.

En esa trampa caen ciertos opositores al sistema castrista y así coinciden, superando diferencias de ideologías políticas, en el objetivo común de obstruir el nacimiento de la verdadera nación cubana, positivamente integrada, en la cual sus componentes etnoraciales compartan protagonismos en todos los niveles y en todas las aristas: una Cuba sin guetos, esos que hoy no funcionan de derecho pero sí de hecho e impiden nacer a esa Cuba donde los tintes pigmentarios de los representantes del poder correspondan a sus conciencias de relación etnoracial simétrica y, en consecuencia, se comprometan con el reempoderamiento de la población negra cubana.

Nada de ello ocurrirá mientras los cubanos en el poder continúen imaginándose y autoidentificándose como criollos blancos, sin terminar de cortar el cordón umbilical que les une a la “madre patria” española; mientras las instancias de poder concedan reconocimiento y protagonismo como actor social casi en exclusiva a la Iglesia católica-romana, en detrimento del amplio panorama de instituciones religiosas y más ampliamente espirituales en la Isla; mientras persistan en la desvergonzada folklorización y, ahora también, comercialización de lo afro.

Lo uno y lo otro son indicadores fehacientes de sobrevaloración y subvaloración de los dos componentes etnoraciales fundamentales de la nación: el blanco y el negro,

respectivamente. Indicadores de ese imaginario deformado que nos reproducen desde cada institución conformadora y confirmadora del poder, desde las políticas y económicas hasta las culturales, pensadas para sostener y alimentar la idea de que lo blanco, fundamentalmente español, es lo superior y legítimo frente a lo inferior e ilegítimo (o en el mejor de los casos, tolerado) de lo demás, especialmente lo afro, siempre malsanamente visto como “lo negro”. El neoesclavismo castrosocialista ha sido tan antinegro como el republicanismo expresamente burgués y el sistema manifiestamente colonial esclavista peninsular al que sucediera.

Segunda parte

No hubo verdadera descolonización de la nación ni verdadera liberación de la población toda ni emancipación de la población afrodescendiente cubana. La independencia política no vino acompañada de la realización plena de todos los segmentos sociales como sujetos políticos, económicos, culturales. No sobrevivieron radicales transformaciones estructurales que contribuyeran a transformar los imaginarios. A los discursos supuestamente liberadores no siguieron las correspondientes e indispensables legislaciones ni los mecanismos legitimadores de sus puestas en práctica.

Proseguimos sin tener legislación que garantice a cada ciudadano realizar sus libertades, reconocidas por la Carta Magna. Carecemos de legislación que garantice la equidad etnoracial, que responsabilice a los practicantes de racismo o de cualquier otro tipo de discriminación. Así, la diferencia queda penalizada y criminalizada, naufragando en manos de intolerantes hoy denominados “revolucionarios”. No debe permitirse ser antinegro, no deben permitirse discriminaciones en cualquier sistema político que se instaure en el futuro.

El poeta mulato Nicolás Guillén decía que los blancos se escudaban antes de 1959 tras el himno y la bandera nacionales para erigirse en patriotas no racistas. En similar actuación apelan hoy también a la revolución y al socialismo inexistentes e incorporan la santería como paraguas de supuesta legitimidad del hiperbólico, endeble y utilitario posicionamiento con que niegan supuestamente su condición de antinegros.

La interesada, egoísta y sórdida prolongación de la inercia ha posibilitado reanudar abiertas prácticas discriminadoras. Si en el mundo no está de moda mostrarse racista, en la Cuba de los hermanos Castro Ruz no se han enterado. Aquí es cotidiano que hasta los más jóvenes tengan expeditas y expansivas agresiones, ofensivas e insolentes reacciones. Con desenvoltura y sin fingimiento un chofer en su taxi particular, señor blanco y con unas siete décadas de vida, profesional obligado por las circunstancias económicas a alquilar su auto asignado por el poder, me dice que “¡los negros están acabando!; ellos se buscan que uno les diga que tienen que ser negros y, después, ¡se quejan de que hay racismo!”.

Cuesta entender que la escena de irresponsabilidad y temeridad de este chofer es uno de los tantos ejemplos de violencia que vivimos. Su acelerada conclusión de vínculo a la pertenencia racial, por demás expresada a mí, mujer negra, es también parte de ese entramado de violencia, amplificada con la racialización. Percibo que consiente mi opinión sólo para terminar allí tan molesto intercambio, en el cual creía que yo debía concederle la razón. Me doy cuenta de que le desconcierta que no me violente a pesar de mi visible disgusto. Le imagino, tras dejarme en el sitio indicado, comentando o pensando algo así como “¡Es verdad que todos los negros son iguales! Ella no puede entenderme, después de todo, ¡es negra!”



Un joven de 19 años enamora a una muchacha de la misma edad a través del teléfono en un programa musical con micrófono abierto y titubea con temor para decirle cómo es físicamente. Por fin, a instancias del locutor, se decide a enredarse en una estrafalaria y lastimera (auto)definición: “Yo soy medio mulato”. Otro confiesa a su enamorada: “Yo soy negro” y recibe por respuesta el asombro de la enamorada: “¡Ah! Pero tú eres negro...”, y del locutor: “¡Ay mi madre! Si es negro”. En el caso del casi mulato, dicho con desaliento, casi entre dientes, la joven accedió, empujada por el conductor radial, no a dar su teléfono, sino a tomar el del joven. Sería interesante conocer si le habrá telefoneado, aunque si no tuvo mejores opciones para este verano, tal vez imaginó que pudiera tener dinero suficiente para llevarla a algunos sitios de diversión en los cuales se paga con moneda dura, es decir: en casi todos los sitios de diversión en Cuba.

Al reclamo de la madre de una adolescente que, hospedada en un hotel con el novio, regresó a casa tras ser echada escandalosamente, lanzándole su ropa fuera de la habitación, el despectivo novio respondió: “¡Sí! La boté y lo volvería a hacer. Y, ¡para que sepas!, la puse a tener sexo con otra jebita para mí. ¿Qué te has pensado? Si después de todo, ¡tu hija es negra!”. Y pregunta al amigo en voz alta: “¿Y para qué otra cosa sirven las negras? Cuando tuve todo lo que quería de ella, ¡la boté! Me busqué otra, allí mismo, una blanca”.

El adolescente de la anécdota es blanco y reside en el barrio elitista de Nuevo Vedado, predio de la burguesía castrosocialista. Es un hijo del poder, prospecto de “hombre nuevo” y no excepción. Desafortunadamente abundan y se expanden al ritmo del enmarañado y prolífero arbusto del marabú en los campos cubanos, sin que se le procure límites. “¿Para qué?”, pudieran preguntarse algunos, agregando que “eso es cultural y, total, las negritas andan sueltas por ahí, detrás de los blanquitos, así que, ¡ellas se lo buscan!, lo que tienen que hacer sus madres es recogerlas”. Esencialmente no difieren en este pensamiento, aunque pudiera parecerlo, este adolescente, la joven y los jóvenes en el programa de radio, el locutor, el chofer septuagenario y “mi amiga” anticastrista. Son partes de ese imaginario de sobrevaloración de lo blanco, de una apócrifa superioridad que sustenta sus pareceres y fundamenta sus actuaciones en una Cuba donde personas blancas o que simulan serlo escrutan e interpelan su realidad, envanecidos por la certeza de que tienen razón legítima, asidos a los estereotipos que tergiversan su realidad sociológica, pero les beneficia.

No quiere decir que, en circunstancias en las cuales los antinegros crean menester hacer uso de lo afro, como en momentos de graves dificultades por enfermedad o problemas laborales, se abstengan de recurrir a “esas cosas de negros” como las religiones afro. Este claro ejemplo no es apreciación positiva de lo afro, como intenta mostrarse, sino utilización interesada de tan preciado elemento constitutivo de las culturas de ascendencia africana.

Tercera parte

Un periodista cubanoestadounidense decía algo en lo que coinciden cubanos de las dos orillas: ni allá ni acá hay problema con el pro-

blema negro. En la invisibilización de la afrodiáspora cubana de las últimas cinco décadas han sido tan pertinaces los castristas como sus contrarios. Nada inédito. Volviendo la vista atrás nos encontraríamos al Partido Socialista Popular (comunista) y su bárbara idea de crear una “franja negra” en la Isla, con explícita intención de reconcentrarnos; así resucitaríamos (no sería mala la idea para procesarle, condenarle y ajusticiarle) al supuesto patriota José Miguel Gómez, quien hacia 1912 ordenó el asesinato de unos cinco mil cubanos negros inconformes con su exclusión en la recién estrenada república.

De nuevo en el diario acontecer de este difícil y angustioso presente, en la céntrica Avenida G (antes “de los presidentes”) se yergue un monumento restaurado a José Miguel Gómez, que intenta enaltecerle y perpetuarle en la memoria colectiva: ¿recordatorio de un racismo antinegro que se empeñan en perpetuar *ad infinitum*? o ¿recordatorio para que negras y negros tengamos presente cuánto puede costarnos nuestro espíritu de rebeldía frente a las inequidades? En todo caso queda esta expresión de patriotismo deformado por quienes elaboran y aplican políticas culturales, cuando no de su manifiesto racismo, ya que esas personas no pecan de ignorancia.

Estudiosos de la temática racial cubana, de todos los tiempos, han quedado ignorados casi en su totalidad en estos cincuenta y dos años. Sus obras son apenas conocidas en la Isla gobernada por los Castro y muchas veces en el exterior. Mientras más frontal y diáfano, más serio y comprometido es el tratamiento del problema etnoracial —verdadero trauma y drama—, más obstinada la invisibilización a las cual se les condenó / condena / ¿condenará? En contraste, pese a muchísimas dificultades y obstáculos, Gustavo Urrutia y Gastón Baquero, entre otros y otras, tuvieron posibilidades

de publicación incluso en el más ortodoxo y “reaccionario” periódico de la burguesía cubana, El *Diario de la Marina*, además de la producción de los afrodescendientes en sus propios medios de prensa.

Las generaciones nacidas tras 1959 no conocen nada similar a la columna “Los ideales de una raza” en aquel diario, con exposición y confrontación de ideas sobre “el problema negro”, a pesar de que se dice halló “su solución definitiva”² justamente con el triunfo revolucionario de 1959. De haber sido así no estarían los jóvenes raperos mostrando con iracundia su inconformidad ni habría organizaciones contestatarias como el *Movimiento de Integración Racial* “Juan Gualberto Gómez”, el *Comité Ciudadanos por la Integración Racial* y la *Fundación Afrocubana*. Ni siquiera la oficioso *Cofradía de la Negritud*. Tampoco se hubiese visto conminado el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, bajo la presión internacional, a crear dentro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) el ya fenecido espacio “Color cubano” ni redimensionar aquél como Comisión contra el racismo y la discriminación ni crear otra similar en la Biblioteca Nacional José Martí y otra más *ad hoc* y/o clandestina de intelectuales, que vamos conociendo al paso.

Estas comisiones con trabajo que —por lo general— se desconoce y que, por la realidad circundante, parecen arrojar inciertos resultados, contrasta con el resurgimiento del lenguaje de barricada y acusaciones de “hipercriticismo” a quienes nos empeñamos en estudiar la situación de inequidades e iniquidades etnoraciales. Los activistas cívicos son criminalizados por un indispensable accionar que ahora intentan condenar como anexionista y proimperialista. Habría que ver de qué nos acusarían quienes, como “mi amiga”, participan en la oposición política y coinciden en ser



Limpiabotas en una acera de La Habana

tan antinegros como los castrosocialistas en el poder. Puede que ya nos tengan una etiqueta o estén elucubrando alguna. Por eso es dable y justificada la preocupación de quienes, de cualquier color, con cualquier herencia étnica, más o menos militantes etno-raciales, se preocupan y muchas veces también se ocupan por el futuro de Cuba, con la alarma de que “la nación sea entregada a esas manos”, pues sería reproducir más de lo mismo, más de lo peor que tenemos y hemos tenido siempre.

Cuarta parte

No obstante el silencio institucionalizado, ya lo estamos viendo. El sector emergente de la economía, allí donde fundamentalmente se concentra el acceso a recursos materiales, está plagado de cubanos y cubanas blancos. Las pocas personas negras que ahí están permanecen generalmente en los puestos de inferior categoría. Todo ello acomete y avanza casi sin causar inquietud ni desvelo, sin perturbar

a la población negra, luego acusada de “ir tras el dólar”, refugiarse en las ilegalidades, el proxenetismo, la prostitución y la santería; de acostumbrarse a sobresalir por lo negativo.

Estas acusaciones provienen de blancos racistas y de negros de vitrina sirviendo al poder. La neurosis antinegra, entre cubanos, que no pocas ocasiones alcanza el rango de fobia, no conoce diferencias políticas y afecta a la población negra de manera multifactorial. La servidumbre mostrada por algunos, siempre profunda y traumáticamente interesados en mostrarse “correctos” para el blanco-criollo poder, transita en esa dirección. Entre temores y subvaloraciones, menosprecios y desprecios, marginaciones y exclusiones falsamente paternalistas e hipócritamente integradoras, difícilmente crece la autoestima. Sin el conocimiento y reconocimiento del ser propio la autoestima no toma su rumbo. Sólo puede hacerlo con el concurso de tangibles y auténticos referentes de positivities, de virtuosismos de cualquier género, de referentes que poseemos

en todos los ámbitos del desenvolvimiento humano y que malintencionadamente se nos ocultan. De ahí que no consigan impulso las comisiones gubernamentales supuestamente creadas para combatir la discriminación racial. En muchas se ha privilegiado la presencia de personas negras con probados expedientes de servicio al sistema castrista, muchas de las cuales declaran públicamente nunca haber sentido, en estas más de cinco décadas, discriminación etnoracial.

Ser negros no concede la condición de afrocubano, legataria de conciencia etnoracial, militancia y consecuente accionar, ni el (auto)reconocimiento como ciudadano capaz de ejercer aquella condición sin esperar por permisos del poder, sin temores paralizadores en virtud de la racializada coacción y represión de la policía como instrumento del poder totalitario. La energía e impulso de los cuales —no obstante ser tachadas de ilegales por el gobierno y no tener acceso a los medios para conseguir mayor impacto social— hacen gala organizaciones contestatarias como la *Fundación Afrocubana* o el *Comité Ciudadanos por la Integración Racial*, provienen del compromiso con el tema y la situación práctica, así como de la independencia de pensamiento y accionar, de lo cual carecen sus homólogas oficialistas. Los integrantes de estas últimas están siempre perturbados por controles, coacciones y temores, además de por las prebendas recibidas. De ahí que estén privados de iniciativas, apabullados y desmoralizados ante la comunidad de la que proceden y en la cual no se les percibe como parte.

No pocas veces ellos mismos, en su ilusión de cercanía y/o pertenencia al blanco-criollo poder, se sienten desconectados con esa comunidad. Discursos interesados, deshonestos, francamente embusteros, hablan de logros de la revolución con la población afrodescendien-

te cubana, que los criollos hispanodescendientes usan también con pretensión de acallar las voces de los inconformes y respondones negros, imponiéndonos un agradecimiento que ningún grupo social tiene que albergar hacia los detentadores del poder, menos tratándose de sectores subalternizados y falsamente beneficiados, criminalizados no sólo por sus ilegales maneras de ganar el sustento, que por otras vías se dificulta más que a otros coterráneos, sino también por su color y apariencia, oficialmente declarada como “no buena”.

Quinta parte

La docilidad no es un valor, aunque circunstancialmente pueda resultar provechosa, pero es siempre moralmente degradante. La sumisión no es, desde ningún ángulo, confundible con la humildad. Esta última es sencillez y aquella, apocamiento, indigencia, humillación. La imposición y el obligatorio acatamiento de obediencia son cosa de militares. La resignación, que conlleva pasividad, docilidad, sumisión y obediencia, no es móvil del progreso. La flexibilidad no significa sometimiento a la voluntad ajena. Todo ello está insidiosamente confundido en una Cuba donde, fundamentalmente a la población negra, se pretende imponer docilidad, sumisión, resignación. Ahora, intelectuales negros de exhibición y de moda intentan inducirnos a creer y/o aceptar que todo ello es sinónimo de flexibilidad y avance, momentos del camino a consensos.

Hay principios en los cuales no se transige, so pena de ser irrespetados y de reincidir eternamente como subyugados. Ante la ignominia se impone la necesidad de seguridad y tenacidad, de perseverancia y desobediencia civil. Lealtad y fidelidad no se conceden a los opresores ni a los represores ni a sus secuaces.



Mendigo en una calle de La Habana

Los poderes nada conceden, apenas refrendan aquello que ya no pueden eludir. Desde esos elementales saberes la afrodescendencia, en especial la cubana, debe actuar con coherencia consigo misma para obtener logros.

Sexta parte

Desde lo alcanzado por el movimiento afroestadounidense de los derechos civiles hasta el movimiento sudafricano antiapartheid, del establecimiento y articulación de la afrodescendencia estadounidense a los pasos dados en la consolidación del Atlántico Negro como concepción sociológica de gran variabilidad y flexible moldura, estos procesos rebasan voluntades políticas gubernamentales y son eslabones de negritud con expresiones múltiples y en renovación. Al superar el gran grito de dolor de los afrocaribeños y africanos de ayer, desde los protagonistas más activos a los anónimos, vamos de vuelta a África, donde un remoto y aciago día de infortunio impuesto a nuestros abuelos negros por nuestros abuelos

blancos, germinara y arraigara con fuerza esta negritud que nos sustenta y vigoriza, nos afirma y reafirma.

Esta negritud echó y hundió raíces en Indoafrohispanoamérica. Aquí estamos los afrodescendientes y la negritud no dejará de ser ni mutará hacia esa naturaleza estrictamente cultural, que también le asiste, pero siempre corre el riesgo de ser folclorizada por los poderes antinegros. Al dolor, a las penurias y a las heridas que durante siglos ha venido acarreado la discriminación antinegra, traducida en imposiciones, marginaciones y exclusiones, en humillaciones de todo tipo, en expresiones múltiples de violencia, necesitamos enfrentar un alma y un arma. Esa alma y esa arma es nuestra negritud, espíritu y co-razza, pero de natural apertura y abertura, no de trinchera, porque no se trata de presentar conflagraciones, sino de asegurarnos en nuestra mismidad y en sus bordes de alteridades, de consolidarnos apoyándonos en lo mejor de nosotros, de nuestras herencias y de nuestras creaciones y recreaciones, en la proclamación

abierta al mundo para emprender el camino de búsqueda de vindicación y reivindicación que, como sujetos colectivos e individuales, nos pertenecen.

Nuestra negritud es expresión de nuestra humanidad y filosofía de humanismo. Nadie como el gran Aimé Cesaire, hombre de extensa, prolifera y controversial vida, nos la definió: la negritud no es pasividad ni sufrimiento, sino resultante “*de uma atitude proativa e combativa do espirito*”, “*e uma (...) despertar de dignidade*”, “*uma rejeição (...) da apressão*”, “*luta contra a desigualdade*”, y es “*revolta (...) contra o sistema mundial da cultura tal cual ele se constituiu durante os últimos séculos e que se caracteriza por um certo numero de preconceitos, de pressupostos que resultaram em uma hierarquia muito rígida*”, es decir, “*a negritude foi uma revolea contra aquilo que eu chamaria de reduccionismo europeu*”³. Hoy tiene que serlo también contra la vigencia en tierras americanas y sobre la afrodescendencia como sujeto, de ese reduccionismo que sigue pretendiendo nuestra cosificación con el empleo de las más disímiles argumentaciones y retóricas en cualquier sistema político.

Nuestra negritud no es espacio de reclusión ni ejercicio de agresión, porque los agresores son los que con sus procederes la obligaron a nacer y hasta el presente la sostienen. La afrodescendencia está abierta al mundo. Como parte de ella, la afrocubanidad está abierta a la cubanidad, de cuyo engranaje es protagonista fundadora, aunque no lo comprenda mi blanca amiga. Por eso la afrocubanidad no puede expresar división de la nación como interesadamente se procura presentarle por castristas y sus opositores. La afrocubanidad ha dado origen y nutre a la nación, sin excluir ni (auto)excluirse, sin quebrantar el suelo que forzosamente le acogiera y ella, de manera igualmente forzosa, acogiera para integrarse

y naturalizarse con mayor premura, por necesidad, que sus coterráneos blancos.

Séptima parte

En tiempos de identidades de frontera y transnacionales, en los cuales el gobierno cubano violenta sus propias leyes y acepta la doble ciudadanía, tendríamos que preguntarnos: ¿por qué tanta repulsa a la afrocubanidad? ¿Acaso se alimenta del temor a que una Cuba, que nunca ha sido blanca, deje de serlo en sus imaginarios, o el temor a que los blancos-criollos dejen de retener el monopolio del poder? Parece más probable lo último. El monopolio del poder va estrechamente vinculado al monopolio de las riquezas, de las cuales la población negra ha sido mayoritariamente productora sin disfrutarla mayoritaria y generalmente. Para nosotros han sido habituales las penurias de todo tipo, incluida la pobreza material, y se pretende que también la de espíritu. Si no, ¿por qué se intenta arrebatarnos hasta nuestras religiones? Entre ellas figura la única que en estas tierras puede ostentar certificación de nacimiento cubana: la Regla de Ocha o Santería, que por vez primera aventaja a otras religiones como aportadoras de riquezas materiales. ¿Por qué ahora que el mundo las descubre y viene a ellas con curiosidad y simpatía?

Mucho tenemos por desandar y andar en nuestro recorrido por esa afrocubanidad que nos pertenece y de la cual nada tenemos que ocultar ni renegar en aras de una cubanidad en la que quienes deberían ser nuestros hermanos nos contemplan como ciudadanos de inferior categoría. Fundir nuestras sangres en los campos insurrectos no fructificó en hermanamiento sincero ni en el siglo XIX ni en el XX. Los negros mambises corrieron similar suerte que los guerrilleros castristas: les confinaron



Niños en un barrio marginal

abrumadoramente a las márgenes o se les excluyó sin el menor reparo.

“Aquí las revoluciones las han hechos los blancos, porque son los que saben, porque son los que han estudiado, porque son los que pueden dirigirlas”, afirman muchos, casi siempre blancos, lo mismo un joven militante y ateo comunista castrista que un laico católico de izquierda perennemente excluido del poder; ambos son intelectuales y profesores universitarios, el segundo con edad para ser padre del primero; ambos, en el momento del fraternal y coincidente intercambio, con esposas mulatas. Sí, los negros hemos sido la carne de cañón, los que ganamos las peleas y no pocas veces las dirigimos. Luego, los blancos se han apropiado del poder y nos han excluido de los beneficios, pues para ellos seguimos siendo “los negritos esos” con obligación de agradecerles y, de paso, agradarles portándonos bien. Así habría que dejar las cosas como están, es decir: resignarnos a la idea de que “no hay más *na'*, eso es lo que nos toca”. Historia repetida en cada una de las revoluciones ¿Hasta cuándo?

Octava parte

Lo que desconcierta y preocupa, enerva y oprime a los blancos criollos de todo signo de

ideología política es que, liberados de inocencias y de ingenuidades, un importante sector de la afrodescendencia cubana, posicionados en nuestra militante afrocubanidad y orgullosos de ella, preocupados por la suerte de nuestra gente, que es estarlo por la de nuestra nación, decidamos que es hora de poner fin. Estamos conscientes de que el cuando ha llegado: es ahora. Un ahora de afirmarnos en un nunca más al sometimiento, la servidumbre y la resignación, a ser presa de temores infundidos por supuestos libertadores que no son más que neoesclavistas revestidos de revolucionarios, como antes sus predecesores lo estuvieron de patriotas. El cuándo es ya. Hay que decir no a la tentación de resolver los problemas personales dejándose entretener y aunar por el poder, recibiendo como migajas lo que todos deberíamos procurarnos con nuestro trabajo. No se puede estar más en contra de nuestra gente negra, porque sería estar en contra de nosotros mismos. Nunca más debemos comprometernos con ideologías políticas que nos regalen utopías que no llegarán a ser o en cuyas realizaciones continuaremos perjudicados.

Necesitamos muchos Aponte y muchos Antonio Maceo, muchas Mariana Grajales y muchas Reyita, muchos Evaristo Estenoz y muchos Pedro Ivonet, muchos Rómulo Lachatañeré y muchos Bencomo, muchos Rafael Serra y muchos Walterio Carbonell, muchas Consuelo Cerna y muchos Juan René Betancourt, muchos Juan F. Benemelis y muchos Iván César Martínez, muchos Carlos Moore y muchas Georgina Herrera, muchas Zenaida Manfugás y muchas Elvira Cervera, muchos Enrique Patterson y muchas María Victoria Ruiz Labrit, muchos Leonardo Calvo y muchas Sonia Garro, muchos Manuel Cuesta Morúa y muchas Diarenis Calderón.

Ellas y ellos, afrocubanos y afrocubanas consecuentes y coherentes con el pasado, pre-

sente y futuro de nuestra verdadera historia de resistencias y de rebeldías, de méritos y prestigios parcamente o nada reconocidos, de aportes sin par a la fundación de esta incompleta nación, han sabido caracterizar, enfrentar y descaracterizar el anómalo fenómeno de las asimetrías etno-raciales y lo demás relacionado, ante todo sus responsables directos. Muchas y muchos están en activo, para suerte de la nación verdadera y en ciernes, de parto siempre entorpecido por los blancos-criollos poderes..

Necesitamos presentar cara a los conflictos, dificultades y dilemas que apremian, a nuestros traumas y dramas, incoherencias y absurdos, a nuestras ansiedades y frustraciones, a nuestros temores y dolores. Nunca sería real y efectivo sin enfrentar el problema fundamental del racismo estructural que, desde la fundación del país moderno que nos impusiera la vieja metrópoli peninsular y los representantes de los poderes han ido mutando para no extirpar. Tenemos que enfrentar ese racismo que lacera y envilece, deforma, enferma y perturba, porque con él no puede fundarse, en este conjunto poblacional multiétnico y multirracial que somos, la nación verdaderamente pluralista que necesitamos y debemos ser.

Pasarlo por alto, una vez más, para evitar acusaciones de apátridas, renegados, malagradados o anexionistas, no nos dispensará de continuar experimentando las complejidades de una problemática que, en esta Isla negra-blanca, no debería soslayar ningún futuro proyecto político. Ojalá lo aprendan todos los mencionados en este texto, en especial mi blanca amiga disidente y opositora política, pues ella, se supone, actuaría como activo sujeto político en la Cuba del futuro. Ojalá lo aprendamos todas y todos, en una población en la que hasta el amor conyugal, maternal y

paternal es traspasado y transido por los complejos etnoraciales.

Por eso sigue siendo, más que necesaria, indispensable, nuestra negritud. Por eso sigue siéndolo la militancia afrocubana, aunque “mi amiga” y tantos más no lo entiendan ni nos presten oídos. Ya lo harán. La necesidad apremia y, llegado este momento histórico, se impone. Ya no es tiempo de vasallajes, sino de emprender la descolonización. Las circunstancias históricas están, finalmente, de nuestro lado, aunque algunos no lo quieran y se resistan a reconocer. Las Naciones Unidas no declararon el 2011 “Año Internacional de la Afrodescendencia” por dádiva o caridad, sino por la resultante de factores acumulados que ya no pueden continuar siendo despreciados ni tomados como despreciables. Eso debemos aprenderlo todos y todas, de cualquier color y pertenencia etnoracial, so pena del suicidio político, cívico y nacional.

Notas:

- 1- Todas las citas resultan del trabajo de campo o experiencia vital de la autora.
- 2- Serviat, Pedro: *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*. La Habana: Editora Política, 1986. Ya en esta obra el comunista castrista Serviat asocia a los afrocubanos organizados en el ilegal Partido Independiente de Color y masacrados en 1912 (supuestamente en beneficio de la nación a la que se dijo pretendían desunir), de pro-estadounidenses y egoístas, responsabilizándolos como causantes de la violencia desatada por los blancos-criollos racistas en contra de la población negra. Así que, de ataño, se hace recaer sobre la población afrodescendiente cubana la responsabilidad del desenfreno de la violencia en su contra. Viejo truco de los dominadores: no son ellos, sino los dominados, quienes causan sus propios males.
- 3- Césaire, Aimé: *Discurso sobre la Negritud* (Miami, 1987), Belo Horizonte (Brasil): Editora Nandyala, 2010, pp. 109 s.